

La sorpresa inicial de aquella Conferencia ha sido la admisión de China y Uruguay como potencias consultivas, lo que supone una nueva presencia permanente en la zona. Esto coincide con una ofensiva diplomática por parte de varios países —especialmente del tercer mundo— que exigen que la Antártida sea confiada a las Naciones Unidas y declarada patrimonio común de la Humanidad.

La mayor parte de los signatarios del Tratado se oponen a ello, pero se discute sobre la puesta en marcha de un régimen internacional de explotación mineral.

A todo ello se une últimamente el anuncio de que Suecia enviara una expedición al Polo Sur en el otoño de 1987. Su gobierno ha dado ya al Secretariado de Investigaciones Polares el encargo de preparar la empresa que costará cincuenta millones de coronas (mil millones de pesetas). El proyecto de investigación se llevará a cabo previamente a conocimiento de los países firmantes del Tratado Antártico.

Aún no está resuelto si se equipará un barco sueco o si se trasladarán los equipos para la construcción de una estación naval de verano en el Polo, por avión hasta Nueva Zelanda. La participación de Suecia en dicha investigación tiene consecuencias por cuanto adquiere automáticamente el status de estado consultivo sobre la Antártida.

El interés de la industria sueca en las potenciales riquezas minerales de la zona así como el interés científico en la geología, biología, formaciones glaciares y otros campos, está directamente vinculada al proyecto. Por ello se espera que no solo la industria sino también el Consejo de Administración e investigación universitaria participen en la financiación.

6. LA GUERRA BIOLÓGICA

En nuestro último comentario, nos referíamos a la preocupación que últimamente sienten todos los países por la defensa pasiva, y señalábamos algunos datos estadísticos y referencias autorizadas de firmas en la materia, que hacen desconfiar en la eficacia de la organización de aquella defensa.

Complemento obligado en la protección contra los bombardeos por explosivos clásicos o termo-nucleares, es la cobertura frente a los agresivos biológicos y químicos que también forman con los atómicos, en la trilogía guerra A-B-Q ya famosa por lo insidioso y trágico de sus efectos.

Una orden circulada por la Secretaría de las Fuerzas Armadas americanas, firmada por Mr. Brucker, y que ha sido recogida y difundida por las agencias informativas de “Press News”, señala la actualidad e interés en estos días, por la preparación frente a esta posible clase de agresiones. La orden, fechada el día once de diciembre dice: *“Hay que intensificar la producción de armas químicas y bacteriológicas y dar a las investigaciones en ese campo, toda la amplitud compatible con los recursos del espíritu humano”*. Según la difusión que a la noticia da la prensa, la razón de esta orden se apoya en el informe emitido por técnicos de esta modalidad guerrera, y en resumen la nueva orientación militar, parece abundar en la idea de que esta clase de armas por su acción solapada e insidiosa, es superior en sus efectos a la misma bomba atómica, y especialistas la presentan en algún aspecto como menos terrible que la nuclear, porque según ellos *“permite destrozar al enemigo sin causar devastaciones materiales”*, y por ello —añaden— *“debe dárseles el lugar que merecen, en razón de su potencia guerrera excepcional”*.

Esta es la síntesis de la prensa sobre la actualidad de las armas biológicas pero creemos que en su contenido aporta referencias de trascendencia tan importante para la lucha en el futuro, que hemos de dedicar nuestro comentario de esta jornada al análisis sobre los conceptos existentes sobre este cuadro de la guerra.

Realmente, después de la terminación de la Primera Guerra Mundial, no se había prestado gran interés a la posibilidad de los agresivos químicos, seguramente en la confianza de que no serían utilizados por ninguno de los dos bandos. Efectivamente su empleo fue proscrito en los acuerdos internacionales, pero como en realidad nunca se había creído como muy efectiva la fuerza de esa prohibición legal, si la parte transgresora figuraba entre los “poderosos”, la verdad es que generalmente aquella confianza se basaba más que en los preceptos legales en la creencia de que ninguno de los antagonistas llegaría a utilizarlas, por temor de la represalia contra él y también porque no se le achacase públicamente el haber iniciado el recurrir a este medio.

Sin embargo, de tiempo en tiempo, como algo esporádico surgía alguna noticia, medida o acuerdo, síntoma de señales de vida, de los encargados de planear la protección civil en esta

faceta tan importante de la defensa. Medidas de protección, a las que preferentemente se ha dedicado la organización de la nación y el ejército de los distintos pueblos, en contraste con el menor interés dedicado a la fabricación de nuevos gases o agresivos de acción positiva —los incluidos en el grupo B-Q, de la trilogía prohibida.

Era lógico que así fuera, después de los ataques de gases de 1918, que hicieron tristemente famosa la Iperita, pero aquellos agresivos vesicantes eran claramente percibidos por el sabor y olor, y hasta cierto grado su denuncia permitía la previsión de colocar máscaras que salvaban a los combatientes, e incluso a las poblaciones civiles acogidas a refugios preparados para filtrar los efectos del ataque.

Por eso, para evitar este precoz descubrimiento de la agresividad y que se percibiera con el tiempo suficiente para poder escapar a sus efectos, los técnicos de Alemania —cosa lógica en una nación tan orientada hacia las industrias químicas— estudiaron la fórmula de otros compuestos activos, que no fueran denunciados en su momento de agresividad y parece que lo habían conseguido en el grupo de los llamados “Tábun”, “Sárin” y “Somán”, que actúan sobre el sistema nervioso y que consiguen la producción de bajas enemigas en un tiempo útil relativamente corto, y comparable al que exigen las de armas explosivas de aplicación inmediata.

Según datos y referencias hechos públicos por el Servicio de Guerra Químico norteamericano en un avión bombardero normal se pueden transportar siete toneladas de bombas, cargada con una cantidad de gases tóxicos con dosis suficiente para eliminar todo rastro de vida en una zona de 275 kilómetros cuadradas, en un tiempo de acción que para las personas no protegidas se reduce a cuatro minutos.

En contraste con este modo de acción rápida, las armas típicamente biológicas, buscan la destrucción del enemigo por la introducción en el bando adversario, de virus o toxinas que produzcan las enfermedades, que mermen o reduzcan la capacidad de ofensa o defensa; o bien de sus combatientes, o de la población civil que en la retaguardia ha de alimentar la guerra, en las bases logísticas de alimentación o de centros de producción.

Esta idea no era original, desde la más remota antigüedad se pensó en la posibilidad de que las enfermedades destruyeran los efectivos enemigos, contaminando las aguas o los alimentos de los sitiados en las plazas cercadas. Realmente no hacía falta provocar tal situación, porque con el

hacinamiento y la falta de higiene de las masas de los ejércitos, indefectiblemente acababan por ser presa de los virus, y todas las estadísticas de las guerras pasadas acusan trágicos balances de campaña, en los que las bajas por enfermería eran siempre muy superiores a la eliminación de combatientes por armas blancas o de fuego que se utilizaran en las batallas.

La inversión de las cifras de esa estadística no se logró hasta la Primera Guerra Mundial, y aún en ella, los ejércitos del frente oriental sufrieron graves epidemias de tifus que mermaron extraordinariamente sus efectivos —recordamos entre las desapariciones de más trascendencia, al General Von der Goltz, en 1916 en su avance hacia Bagdad, muriendo de aquella enfermedad frente a Kut el Amara. Las epidemias acabaron por extenderse a la población civil que padeció la famosa gripe de 1918, recordando en sus estragos a las pestes del siglo XII o a las viruelas del siglo XVIII. Se puede afirmar que la auténtica victoria contra las epidemias de guerra no se obtiene hasta el invierno de 1943, cuando las tropas aliadas emplearon por primera vez el dicloro fenil tricloro etano, entre la población civil de Nápoles atacada de tifus exantemático, el compuesto que después sería tan conocido como el insecticida DDT, que en el plazo de tres semanas dejó la población higienizada y completamente saneada.

A partir de ese momento las bajas de guerra se puede decir quedan restringidas a las causadas por los medios armados de acción directa, y vuelve a pensarse en la guerra biológica para la propagación de virus y bacterias. Analizando con curda frialdad sus efectos, desde el punto de vista de la eliminación adversaria, tienen la ventaja sobre las armas explosivas, que los gérmenes microbianos pueden transmitirse de individuo en individuo, por el mecanismo de contagio, en una especie de reacción en cadena, y en este sentido es arma de efectos masivos y extraordinariamente más económica que las clásicas, pero tiene el inconveniente de que sus efectos no son de resultado inmediato y puede no servir a los fines tácticos que se pretenden.

A este defecto en la aplicación, se une la dificultad de deducir en tiempo de paz conclusiones reales sobre sus efectos como consecuencia de la experimentación, porque así como los explosivos normales e incluso los nucleares pueden hacerse explotar en determinadas condiciones y lugares, para apreciar los efectos y deducir la protección que ha de observarse en su manejo, en cambio los agresivos biológicos no pueden ensayarse provocando epidemias, y toda la investigación ha de limitarse a la restringida en el campo de cultivos de laboratorio.

Se carece de datos concretos sobre la forma de propagarse en tiempo e intensidad, pues para cada enfermedad son muy variables las circunstancias higiénicas, de raza e incluso cósmicas que favorecen o frenan su diseminación. Se ha querido generalizar a este concepto los casos de extensión de la mixomatosis de los conejos, pero los estudios sobre su propagación en Australia y Francia no permiten fijar leyes en su propagación, no existen esas leyes de espacio y tiempo, necesarias siempre en la frialdad del un cálculo guerrero, y aunque se ha hablado de algunas experiencias hechas por los alemanes en las redes metropolitanas subterráneas para investigar la dispersión de las bacterias en el movimiento de la atmósfera, no se conocen resultados concretos.

Sin embargo, aún sin este conocimiento práctico, el Coronel Aillerat, ha recogido algunos datos de un memorando de técnicos americanos, según el cual en un milímetro cúbico de la preparación de virus de tocasis, enfermedad de la especie animal trasmisible al hombre, se guardan o contienen veinte millones de dosis de efecto mortal.

Este dato acusa, que aunque la dispersión no sea muy rápida, los efectos son en su cuantía terribles, y ha de tenerse en cuenta que la producción del agresivo resulta extraordinariamente económica, porque la inoculación a un grupo mínimo de personas se multiplica enormemente. Ventaja esta que se acrece por la posibilidad de conseguir por desecación a baja temperatura, el mantener grandes stocks de gérmenes susceptibles de activarlos luego por rehidratación, con la facultad de aumentar su virulencia, por ciertos tratamientos, hasta veinte veces la normal, facilitándose la acción mediante la prolongada suspensión de los aerosoles, que dilatan durante largos plazos de tiempo la posibilidad de contaminación por vía respiratoria.

En la técnica actual de la guerra biológica, esta vía de agresión es la que se considera más eficaz para inocular los virus, pero su aplicación no resulta demasiado sencilla, si se trata de obtener resultados rápidos y masivos, es eficaz, si, en los casos de acción restringida contra puestos de mando, cuarteles generales, etc. que en los locales cerrados pueden lanzarse por pulverización, por grupos de saboteadores previamente inmunizados, pero es más complicado si los lanzamientos o creación de nubes ha de lograrse sobre grandes masas al aire libre.

Parece condición necesaria de la eficacia, el lograr sorprender al adversario, porque de lo contrario los efectos del ataque se verán extraordinariamente disminuidos al permitirle adoptar medidas convenientes de higiene y protección.

Pero se plantea un problema en la creación por vía aérea de la nube de aerosoles, si son lanzadas por aviones volando a gran altura, dado lo largo del tiempo que se sostiene la suspensión, puede provocar arrastres que alejen la nube de los espacios que se pretende contaminar e incluso atacar terrenos propios, aparte de que el excesivo tiempo en la atmósfera, puede dar lugar a la esterilización de los gérmenes por la intensa acción de las radiaciones ultravioletas de la alta atmósfera.

Por el contrario, si el bombardeo se efectúa a baja altura tiene la quiebra de resultar muy peligroso para las tripulaciones, por ofrecerse como blanco fácil a toda reacción antiaérea y además, porque lo extraño de la forma de ataque, induce a sospechar lo que se pretende, dando tiempo a la adopción de medidas de protección, tanto individuales como colectivas.

Y al estudio de estas medidas es a las que con preferencia se han dedicado en los últimos tiempos tanto los ingleses como los americanos.

Efectivamente, por las dificultades señaladas para la obtención de efectos masivos en márgenes rápidos de tiempo, parece que la acción bacteriológica resulta en exceso limitada en sus efectos, y por ello se tiende más a buscar los efectos inmediatos por la acción del gas GB, del grupo de los nerviosos.

Fue descubierto en 1935 por el doctor Schrader, que trabajaba en la casa Farben de Alemania, y vistas las posibilidades de su empleo como gas de guerra, se intensificó luego su producción en otra fábrica expresamente dedicada a esa actividad en Dyherfurt, cerca de la frontera polaca.

Su modo de actuar sobre el cuerpo humano es semejante a los insecticidas, inspiradores de este tipo de agresivos, paralizando los centros nerviosos, que funcionan normalmente mediante el equilibrio de dos sustancias químicas, la “aceticolina” y la “colinestara”. El llamado gas B, hace desaparecer la última, con la consiguiente acumulación de la otra, lo que provoca en sus efectos, primero sensación de asfixia, luego falta de visión, convulsiones, parálisis y muerte, todo en tres o cuatro minutos.

Al término de la Segunda Guerra Mundial, los rusos se apoderaron de aquella fábrica, que con instalaciones, técnicos y reservas de producción pasó a manos de la Unión Soviética, estimándose por los occidentales que los rusos cuentan en la actualidad, por haber continuado la fabricación, con gran cantidad de existencia de este gas.

Por ello, tanto los Estados Unidos como Inglaterra se dedicaron a los estudios de contramedidas y protección. Aquellos en el Centro Químico de Edgewood (Maryland), y en cuanto a los segundos, ya hace dos años, en el otoño de 1953, se difundió la noticia de que un soldado Roland Madison había muerto al experimentar, juntamente con otros cincuenta voluntarios, los efectos de los antídotos contra este gas.

Antídoto que parece encontrarse en la atropina, pero ha de inyectarse rápidamente el gaseado, y se tropieza con el inconveniente de la ceguera que casi inmediatamente sufre, lo que impone la exigencia de cierto automatismo en la aplicación de estos inyectables. En esta tarea el Doctor Stanley J. Sar ha logrado unas ampollas cargadas del antídoto, con agujas y una especie de muelle, que gracias a tal dispositivo se consigue la inyección simplemente por la presión sobre el cuerpo. Hace un año, las referencias de revistas profesionales acusaban la existencia de un stock de medio millón de estas ampollas antídoto, protección que en el futuro tendrán que llevar todos los combatientes y la población civil, y tal vez a esta intensificación de productos se refería el comunicado del Departamento de Defensa que comentábamos al principio de esta charla.

Habrá que confiar en que la eficacia de esta protección disminuyendo los rendimientos del agresivo nervioso, junto con el temor de represalias, neutralice al fin sus ventajas de economía e incluso las de ocultación fácil ante las posibles comisiones de control de desarme, y que, en resumen dejen inédito se empleo.